

Animas de día claro

Una brizna de recuerdo infantil, que ha resistido la tarea borradora del tiempo, me autoriza a pensar que yo conocí en persona a las ánimas de día claro, convertidas en personajes de carne y hueso por Sieveking. La familia de mi padre era de Talagante, y habían un sinnúmero de tías, en tercero y cuarto grado de parentesco, sumamente solteras y de una vejetud precoz, que cumplían con esmero la tarea de ayudar a conservar las tradiciones y supersticiones locales. Las creencias en aparecidos y otras hierbas han formado parte del acervo cultural talagantino, desde mucho antes de la llegada de los españoles blindados, y hay que ciudarlas. Escuché más de una vez el canto ominoso del chuncho, oculto entre las ramas de una hualtata, junto a una pirca de piedra. Conocí versiones pasmosas sobre la crueldad de la Quintrala. Oí a mis tías, tan flacas y rezanderas, tan buenas para el cuchicheo y el quejido, recordar los tiempos del cólera, de la caída del puente grande y del enganche de guasos para la guerra. Y una de ellas me hizo confidencias sobre los *aquejarres* de brujos y, naturalmente, acerca de las *ánimas en pena*, a la cuales les gusta el clima de Talagante y allí se quedan, esperando un destino definitivo. Aprendí, por ejemplo, que el mejor detente de brujos se confecciona con dos palitos de palqui que forman una cruz, más un puñado de sal, en el umbral de la casa.

Con estos recuerdos la obra de Sieveking, presentada con tanta dignidad y aplomo por los actores del Teatro Caracol, en el Aula Magna de la Universidad Católica, me supo a postre primoroso. Y me gratificó con largueza, con emociones limpias y frescas. Brisolia Herrera, dueña de una larga experiencia escénica y modelo de expresividad, se introdujo en su personaje y le dio vida y simpatía. Nos regaló una Luzmira inolvidable. A Marcia Espinoza (La Bertina) y a Arnoldo Weber (el Eulogio) les encomendaron papeles difíciles. Ellos le dieron el ritmo a la representación, y supieron llenar, con gracia y expresivo lenguaje corporal, unos segundos que parecían minutos. Bien entonces, por su desenvoltura, su voz y su sentido de límite, en evidencia en los instantes en que podía caerse en la sobreactuación.

Y las viejas, la Vicenta, la Floridema, la Orfilia y la Zelmira, con su docilidad frente al signo compartido, y su dulce pesar domesticado, se lucieron, emulándose

unas a otras. Aplausos, entonces, para Lucy Neira, Norma Gómez, Cecilia Zapata y Elisabeth Lozano, Rodrigo Salazar (el Nano) y Nelson Olate (el Indalicio), un poquito tiesos y más urbanos que rurales, discretos y en buen camino.

Lindo trabajo el de Berta Quiero y de los encargados del decorado, el vestuario y la luz. Gracias.

Sin embargo, pienso que mi tía Teófila -o tal vez la Teodolina o la Teresita-, que era una vieja criticaona y lengua larga, habría enjuiciado el juego teatral. Se me ocurre que habría reparado en el mucho parecido entre las viejas de la escena, tan agachaditas, dulces y europeas. Porque las viejas talagantinas son orgullosas, erguidas y secas como palos de ajo, a veces dulces como el arroje y aveces agrias como el limón verde, pero siempre enhiestas y dignas, sin agacharse ante la gente ni la vida, con una sola excepción, el señor Cura y el Santísimo en los días de procesión callejera. Y no valía la pena discutir con ellas, porque también eran ánimas que penaban de día claro.

(25/10/'82) "La Otra Mirada de Quintín Quintas"
Alfredo Pacheco B.